

# LA DANZA DE SHIVA Y LOS PROCESOS CÓSMICOS

**E**n los Vedas, las escrituras sagradas más antiguas de la India, hay varios relatos sobre la creación del Universo e ideas muy diferentes acerca de la divinidad. Esto haría pensar en una inconsistencia, si no fuera porque el hinduismo sitúa la esencia de su propia sabiduría más allá de los credos y los dogmas, más allá, incluso, de las escrituras mismas.

Los himnos védicos se consideraron como la revelación tenida por diferentes *rishis*, sabios o videntes divinos, que en estados profundos de meditación recibieron el conocimiento de la filosofía así como de las diversas disciplinas y artes. Uno de estos himnos dice que tales sabios, que fueron también los primeros poetas, "por su sabiduría, hallaron el vínculo del ser con el no ser, al buscar en lo profundo de sí mismos".<sup>1</sup>

Uno de los más distinguidos historiadores de la filosofía de la India, S. Radhakrishnan, quien fue filósofo él mismo, hace notar cómo tan sólo en el *Rig Veda* es posible percibir distintas fases de pensamiento religioso. Allí se concibe a la divinidad ligada a un panteísmo arcaico que personifica todas las fuerzas naturales, a un rico politeísmo en el que cualquier dios puede considerarse el dios supremo —noción que Max Müller llamó henoteísmo—, y finalmente a una visión no sólo monoteísta sino monista.

El Dios eterno, infinito, absoluto, trascendente, del cual son manifestación las muchas figuras de los diversos dioses ("El Ser es uno, los sabios lo llaman con muchos nombres", dice el *Rig Veda*), es una concepción teológica, similar a la del Yahveh bíblico o el Allah islámico. Sin embargo, no queda circunscrita a un carácter religioso sino que se convierte en una noción filosófica. No se habla ya de Dios, sino del Ser, el Uno, el Absoluto, Eso (*tat*), designaciones impersonales que revelan que la condición última del Ser está más allá del nombre y la forma, y más allá también de los atributos. En la India éstos serán asumidos por la multiplicidad de dioses, más asibles para la mente humana que un principio

abstracto. Detrás de cada uno de los dioses, sin embargo, está el Absoluto trascendente.

Más que frente a un monoteísmo aquí estaríamos ante un monismo, noción que reconoce un solo principio como origen, esencia y fin de todas las cosas. El monismo, o bien, el no dualismo, se encuentra presente en las corrientes filosóficas más vigorosas de la India. A pesar de grandes diferencias en el planteamiento y el alcance de esta idea, se halla en las Upanishads, en la filosofía de Shankaracharya (siglos VII y VIII d. C.), que representa la principal corriente del vedanta (vedanta advaita) hasta nuestros días, y en diversas escuelas shivaítas, especialmente en la de Cachemira (siglos IX al XIII d. C.).

Mencionaba al principio que hay en el *Rig Veda* distintos relatos de la creación del Universo. Vemos aparecer allí a Vishvakarman, el "hacedor de todo", una especie de arquitecto divino, lo mismo que a Hiranyagarbha, el "germen de oro", que a veces se describe como un huevo flotando en las aguas primordiales, de cuyo interior saldrá la creación. Se habla también del mundo surgiendo de los miembros del Pūrusha —hombre primordial— despedazado, y hay muchos relatos más.

También en el *Rig Veda* aparecen divinidades protectoras del Universo ya creado: el dios Varuna y el principio del orden cósmico o *Rta*, sostienen la creación, que de lo contrario se disolvería.

Igualmente, hay dioses de destrucción, como Nirrti, una diosa fatídica, o Rudra y los Maruts, que son deidades de la tempestad, del peligro y la catástrofe. Rudra, sin embargo, aparece como benévolo para sus devotos. De hecho, uno de sus epítetos, Shiva —el bueno—, es el nombre suyo que prevaleció —y que acaso fue el resultado final de un sincretismo entre el Rudra védico y un Shiva cuya antigüedad predata la escritura misma de los Vedas y el surgimiento de la cultura de la que provienen.<sup>2</sup>

<sup>2</sup>Anterior en muchos siglos a la supuesta inmigración de tribus arias, provenientes del Asia central y portadoras de la cultura védica, fue la gran civilización del Valle del Indo, donde aparecen las primeras estatuas con ciertos rasgos asociados tradicionalmente con Shiva.

<sup>1</sup> *Rig Veda*, X, 129, ("Nasādiya Sukta"), 4.



Sin tener en los Vedas un orden específico que permitiera suponer una prioridad o una mutua relación de estos tres conceptos de creación, sostenimiento y destrucción, de cualquier forma están ya prefigurando una noción importante y de gran continuidad en el pensamiento hindú: la de los procesos cósmicos.

El hinduismo clásico, posterior en muchos siglos a la época védica, asignó a distintos dioses estas funciones cósmicas: a Brahmā<sup>3</sup> la de la creación, a Vishnu —dios que aparece escasamente en los Vedas— la del sostenimiento del Universo creado, y a Shiva la de su destrucción o disolución.

La disolución se ve, más que como un exterminio apocalíptico, como una reabsorción de lo creado en el seno del Ser. Shiva es también un símbolo de la liberación última, que disuelve el ego y funde el ser individual con el Absoluto.

El shivaísmo de Cachemira concibe también otros dos procesos cósmicos, además de la creación, el sostenimiento y la disolución, a saber: el ocultamiento y la revelación o gracia.

Dentro del shivaísmo, Shiva representa no sólo la destrucción sino todos los demás procesos cósmicos. Estos cinco procesos están simbolizados en una escultura donde aparece Shiva como Natarāja, el rey de los danzantes o de los actores. Ésta es una de las figuras más bellas y perfectas del arte de todos los tiempos. Junto a su espléndido movimiento, contiene en sí esta

<sup>3</sup> Brahmā, el dios creador, no debe confundirse con Brahman, el Absoluto supremo, según lo designan las Upanishads.

concepción del Universo, que a su vez está expresada, en todo su alcance, en la filosofía del shivaísmo de Cachemira.

Durante la Edad Media abundaron en el sur de la India imágenes de Natarāja, hechas de bronce, con diversas variantes. Proliferaron tanto que es frecuente encontrar magníficas piezas en museos occidentales. Y aunque hay detalles que varían, los elementos más importantes son siempre los mismos y en ellos es donde quedan reflejados los cinco procesos cósmicos.

Shiva danza, y su danza representa esos movimientos. El Universo mismo es su escenario: el centro del Universo. Éste se encuentra en la sala dorada de Chidambaram, según una de las leyendas de los Puranas, y en última instancia ese centro del Universo está en el corazón de todo ser humano.

De las numerosas descripciones que se han hecho de esta figura, doy algunos datos. La descripción misma, partiendo del simbolismo de cada elemento, e independientemente de las explicaciones proporcionadas por las hermosas leyendas puránicas, revela el trasfondo filosófico del shivaísmo.

Shiva danza en un círculo de llamas que representa la manifestación. Algunas esculturas reproducen al pie de la estatua un *makara*, un animal acuático, sagrado, en este caso bicéfalo. De una de sus fauces sale el círculo de llamas, que llega a la otra. El comienzo y el fin son lo mismo.

La estatua muestra a un Shiva en movimiento, acaso saltando, con un pie al aire y los cabellos, de largos rizos enmarañados, flotantes. Su cuerpo es tan esbelto, que las personas no familiarizadas con la cultura hindú a menudo piensan que es el de una diosa. Tiene cuatro brazos, que representan sus muchos poderes. En su rostro hay una expresión de gozo sereno.

En la cabeza lleva varios emblemas: una luna en creciente que simboliza no sólo la energía en ascenso que sucede a la Luna nueva, sino también el *soma*. En sánscrito, *soma* designa a la Luna y en los Vedas es una bebida ritual y el néctar de la inmortalidad con que se embriagan los dioses; igualmente, es el néctar interior que el yogui prueba en estados de meditación profunda.

Hay también en la cabeza de Shiva una flor de datu-  
ra, una calavera y la carita de la diosa del río Ganges. Los Puranas proporcionan las leyendas respectivas que explican el origen de estos elementos en Shiva, así como también el de la cobra que trae enredada al cuello a manera de guirnalda, la piel de tigre con que se cubre y la figura del enano sobre el que se encuentra.

La cobra y el tigre son animales consagrados a Shiva. Con frecuencia se le muestra sentado, meditando sobre una piel de tigre. La cobra es un emblema de la energía interior llamada Kundalini, que es también la

Shakti.<sup>4</sup> Shakti quiere decir energía, y es la energía divina, el poder mismo de Dios. En los mitos aparece personificada como la consorte de Shiva, como su amada eterna. Hay otra escultura en donde Shiva aparece unido a Shakti de una manera tan estrecha que están en un solo cuerpo: la mitad izquierda es femenina, y la derecha, masculina. Esta figura se llama Ardhanarishvara, “el Señor que es mitad mujer”.

El Shiva danzante lleva un arete de hombre en la oreja derecha y uno de mujer en la izquierda, representando de una manera sintética al Ardhanarishvara, que es la totalidad, la unión de contrarios.

El shivaísmo no habla de dos principios sino de dos aspectos de un solo principio supremo, al cual llama Paramashiva. Cuando la creación va a empezar, este principio comienza a polarizarse en esos dos aspectos complementarios: Shiva y Shakti, que producen una vibración llamada *spanda*. Esta vibración será eventualmente la materia prima del Universo. La vibración es el sonido primordial —la sílaba *om*—, también llamado *nāda*, que se concreta en un punto infinitesimal de energía tremendamente concentrada, el *bindu*, de donde surgen todas las fuerzas de la creación y a donde vuelven. Al estallar —*Big bang, avant la lettre*—, el *bindu* da origen a la manifestación del cosmos, *kalā*. Y al término de la manifestación o, según apunta Mark S. G. Dyczkowski en *The Doctrine of Vibration*, “cuando la objetividad exterior se reabsorbe en su fuente trascendente, el *bindu* es el punto en el que todos los poderes manifiestos de la conciencia se reúnen y se fusionan”.<sup>5</sup>

La energía se convierte en materia en el camino descendente hacia la manifestación, y la materia en energía en el camino inverso. Shiva es un principio estático y trascendente, y Shakti, dinámico e inmanente. Por tanto, el Ser o Dios, en cuanto tal, es a la vez inmanente y trascendente, estático y dinámico. Ninguno de esos principios opuestos anula o disminuye al otro, y existen únicamente por el propósito de la creación. En sí mismo el Ser está más allá de cualquier par de opuestos.

El Universo también se describe como el juego amoroso entre Shiva y Shakti. Dice también Dyczkowski refiriéndose a ellos dos: “El eterno ritmo de la creación y la destrucción cósmica está en consonancia con el pulso de su unión y su separación. El *spanda* es la relación gozosa de estos dos aspectos a través de los cuales se despliega el Universo.”<sup>6</sup>

Volviendo a la figura de Natarāja, tenemos que se vale de diversos símbolos para expresar estos procesos. La

<sup>4</sup>Se considera que la Shakti o energía divina tiene dos aspectos: uno exterior, que crea el Universo y mantiene vivos los cuerpos; el otro, interior o secreto, en el individuo toma la forma de la Kundalini, energía espiritual latente, que al activarse tiene la capacidad de conducir hacia la iluminación.

<sup>5</sup>Mark S. G. Dyczkowski, *The Doctrine of Vibration*, SUNY Press, Nueva York, 1987, p. 188. Las traducciones de ésta y la siguiente cita son mías.

<sup>6</sup>*Op. cit.*, p. 100.



creación está representada en el tambor que sostiene en la mano posterior derecha. Su sonido es ese mismo sonido primordial que da origen al Universo. Más que creación, en el shivaísmo se puede hablar de manifestación o incluso de emanación. El pensamiento de la India no tiene una concepción lineal del tiempo sino cíclica. Ha habido muchas creaciones y cada disolución supone simplemente una nueva creación. Es el ritmo eterno del devenir. De igual manera, los seres humanos nacen y mueren para reencarnar otra vez. Sólo romperán ese ciclo al alcanzar la liberación definitiva, que es la meta final de todo.

La mano anterior derecha de Shiva, que tiene la palma extendida hacia adelante, se encuentra en el gesto llamado *abhaya mudrā*, que es una bendición, un gesto conciliatorio que quiere decir “no temas”. Lo que implica es la protección y el sostenimiento de ese Universo que se ha producido. Significa también esperanza y tranquilidad, la conservación de un orden. A veces se considera más importante que la creación misma, pues mucho más difícil que dar a luz una criatura es cuidarla y sostenerla.

La creación es el primer proceso cósmico, o la primera *krtya* o acción de Shiva. El segundo es el sostenimiento. El tercero, la disolución. También es impropio



hablar de una destrucción, por las razones apuntadas. Más que destruirse, el Universo —o la conciencia individual— se reabsorbe y se disuelve, se funde en la unidad primordial. Asimismo debe señalarse que esos cinco procesos no sólo ocurren en el cosmos sino en el individuo. Todo proceso de pensamiento, todo acto de conciencia, e incluso el proceso de despertar del sueño, siguen esa secuencia. Lo que cambia es que el escenario donde todo ocurre no es el cosmos sino la mente humana.

La disolución está representada en el Shiva Natarāja por una llama que lleva en la palma de su mano posterior izquierda. Ése es el fuego de la disolución universal. En el shivaísmo el poder destructor de Shiva es muy importante, porque es el único capaz de destruir los males del individuo, la raíz de su ignorancia y su sufrimiento. En un nivel supramoral, es el fuego que lo reduce todo a la unidad, quema la conciencia fragmentada del individuo y “reduce todas las cosas a una sola semejanza”, para usar una sorprendente frase de Plutarco.<sup>7</sup>

El cuarto y el quinto procesos cósmicos, que en la figura están representados por los pies, son mucho más complejos y difíciles de entender. En principio, hay que recordar la doble lectura pues cada proceso ocurre tanto en el plano cósmico como en el individual. Igualmente hay que apreciar en la figura de Natarāja que uno de los pies está asentado y el otro se encuentra en el aire, indicando que Shiva toca dos realidades a la vez.

El cuarto proceso o acción cósmica es el ocultamiento. Por un lado se refiere al ocultamiento de la manifestación, que una vez disuelta vuelve a su estado seminal y queda en una condición latente, hasta la nueva creación. Por otro lado, desde la perspectiva del individuo, este ocultamiento alude al estado latente en que yace la Conciencia suprema dentro de él, como la energía Kundalini dormida. En ese estado sólo es posible la percepción de la realidad fenoménica, la apariencia, que es lo que el vedanta llama *Māyā*.

En el vedanta, *Māyā* tiene dos poderes, uno que vela y otro que revela. A medida que revela el mundo de los fenómenos, en razón inversamente proporcional vela a la Realidad suprema y viceversa, la misma *Māyā* tiene el poder de revertir ese proceso y velar las apariencias para revelar la Verdad.

En la figura de Natarāja la apariencia fenoménica, que tiene la connotación de una ilusión, de un engaño, está representada en el enano que Shiva pisa con el pie derecho. El enano es también una imagen de la contracción de la Conciencia suprema, que asume voluntariamente una serie de limitaciones para poder experimentarse a sí misma como un ser individual.

<sup>7</sup>En su tratado *De la E en Delfos*, Plutarco habla del “dios”, que a veces asume la forma de la multiplicidad y crea el Universo, aspecto bajo el cual es conocido como Dionysos o Zagreus porque se despedaza en la pluralidad de las criaturas del mundo, y otras, toma la forma en que reduce toda la diversidad a la unidad o a la semejanza, y entonces se le conoce como Apolo o Febo. La naturaleza del dios es alternar estas dos funciones.

En un esquema donde el shivaísmo habla de treinta y seis *tattvas*, que son principios o categorías cósmicas, o bien, planos de manifestación —y de conciencia—, es fácil ver cómo la omnipresencia de la suprema Conciencia divina se convierte en espacio, la eternidad en tiempo, la voluntad plena en deseos particulares, la omnisciencia en conocimiento parcial, la omnipotencia en acciones limitadas.

Un texto sintético del shivaísmo de Cachemira, la Doctrina del reconocimiento o *Pratyabhijñā-hṛdayam* de Kshemarāja (siglo XI), describe en veinte aforismos todo el proceso del cosmos, y en él tienen una relevancia muy específica los aspectos del ocultamiento y la revelación. En este libro se describe la acción de la Shakti, que es el poder divino de Shiva, para producir, sostener y disolver el cosmos. La Shakti es energía y conciencia a la vez.

Los aforismos dicen que la Conciencia suprema, por su voluntad soberana, es la causa de todos los procesos cósmicos; ella despliega al Universo de sí misma y sobre sí misma. Desde su estado más elevado, desciende hacia la manifestación, contrayéndose. La Conciencia suprema queda así convertida en la mente individual, que desconoce su identidad, su origen y el hecho de que ella misma puede también efectuar las cinco acciones o procesos cósmicos, tal como Shiva. Cuando lo descubre, en lugar de nutrir su permanencia en el mundo fenoménico, inicia el viaje de retorno hacia su estado originario. Lo que se había contraído se expande nuevamente; la mente individual vuelve al estado de la Conciencia última, y el individuo deja de ser tal y alcanza el estado perfecto, el del ser liberado, idéntico a Shiva.

El quinto proceso, llamado revelación o gracia (*anugrāha*) es lo que constituye el punto de retorno en todo el ciclo cósmico. En la figura lo representa la mano anterior izquierda de Shiva, que señala al pie izquierdo, levantado en el aire. Los pies son sagrados en la India y siempre se asocian con el Maestro espiritual pues se considera que por los pies fluye su energía hacia los demás. Que se señale el pie indica la acción misma de la gracia del Guru o de Shiva, que es el Guru primordial.

La gracia consiste en el despertar de la energía Kundalini, que pone en marcha todo el proceso de retorno a la unidad primordial. Si la Conciencia suprema ha elegido manifestarse hasta llegar a la contracción máxima, representada por el enano, también elige, llegado el tiempo, el retorno, por medio de la expansión y el ascenso, hacia su estado originario. La revelación o gracia representa la unidad del Ser consigo mismo.

¿Para qué todo esto? La respuesta misma está en la figura de Natarāja. Uno de los *Siva Sūtra*, la escritura más importante del shivaísmo de Cachemira, dice: “El Ser es un actor.”<sup>8</sup> La sobreabundancia de gozo, la voluntad de juego es la única respuesta. El Ser juega a asumir los papeles de todos los individuos, e inicia la danza, la sostiene por un momento y finalmente, cuando termina, vuelve a ser él mismo. Desde este punto de vista, nosotros mismos somos ahora y aquí ese actor en plena representación. ■

<sup>8</sup>“Nartaka-ātma”. *Siva-Sūtra*, II, 14.